



## La sonrisa de Pedro Prado

149494

**U**n pequeño detalle —que muchas veces es el sello inconfundible de un ser humano— suele perpetuar su imagen y dar vueltas y vueltas en la memoria de sus amigos, y por qué no, de sus enemigos. Es aquello que lo distingue, el gesto que perdura y que lo convierte en un medallón, recordado por esa mínima circunstancia de su vida, que lo define y declara inconfundible y único.

Los biógrafos suelen poner sus ojos y sus oídos en estos detalles esenciales. Porque pasan por allí, a veces, los grandes acontecimientos de sus biografados. Aquellos que escribieron la vida de Talleyrand no han dejado de recordar su célebre cojera y su voz que dejaba caer como un susurro en los oídos de sus contemporáneos. El príncipe de Benevento, diplomático y ministro durante el Directorio, el Consulado, el Imperio y la Restauración franceses, fue observado, no sin temor, en los pasillos reales, siempre asistido por un brazo atento y condescendiente. Su cojera hizo nacer esta flecha envenenada de un testigo de la época, cuando, paseando por los interiores del palacio con el ministro de Policía, Fouché, sentenció despiadadamente: "He aquí, sin duda, el vicio apoyado en el crimen."

Los hay también que rescatan la hermosura física como es el caso de Goethe, el dios olímpico alemán. Su cabellera, rubia y generosa, lo distinguía y acompañó su talento desde muy joven. Sainte-Beuve ha recogido la historia de su amiga íntima, Bettina Brentano, muy niña, que en un segundo del reloj universal, estrenó el corazón de dos colosos, dioses o semidioses, todavía vibrando en el escenario del arte. El otro, Beethoven, desmeñando al instante, sigue su imagen de cabellera tempestuosa, lucíendola con su genio.

Los biógrafos de la literatura chilena han recuperado algunos gestos de los inolvidables. Es el caso de Pezoa Véliz, a quien se le recuerda por su carácter áspero y eternamente insatisfecho. En sus ojos de agua cristalina dejaba escapar el escepticismo de su vida. Incubó el término "hietaquear" para hacer saber su estado de ánimo a quien tenía enfrente. Augusto D'Halmir lució sus galas de orador con su voz de barítono, profunda y educada. Fueron célebres sus conferencias donde quiera que anduvo por la ceremonia que antecedia a su palabra. Llegado al estrado, dejaba transcurrir algunos minutos hasta que ningún ruido entorpeciera su presencia. Levantaba la cabeza y dominaba al auditorio; entonces, su voz grave y totalitaria hipnotizaba al público, perfectamente programada desde comienzo a fin.

Dicen que González Vera adoptaba cierto airecillo eclesiástico, de absoluta naturalidad, aun cuando sea una paradoja. Tomaba la vida alegremente, a pesar de sus infortunios pasajeros. Su rostro delataba la bondad en sí misma y como era un hombre de inteligencia superior, un filósofo prestado a la literatura, pronto descubría su alma un poco escéptica, es cierto, pero de generosidad suprema. Es decir la inteligencia de las almas sanas y sencillas, conformes lo señaló Pascal.

Le escuchaba a Alone, una noche de evocaciones en Viña del Mar, la admiración que sentía por Pedro Prado, el creador, entre otras páginas admirables, de "Los pájaros errantes". Se detuvo un largo rato en revivir la sonrisa del escritor. Era su sello de nacimiento, y aunque acorralado por enfermedades prematuras, que lo abatieron, también prematuramente, mantuvo el vigor de la alegría y esa prestancia de gran señor que algunos, los menos, señalaban como gesto de altanería.

No había tal. Otro escritor de su tiempo, Ernesto Montenegro, el san-

felipeño magnífico, trotamundos incurable, le recuerda por su sonrisa afable y cautivadora. En algunas de sus páginas rememora: "A lo largo de los años, mis dilatadas ausencias en el extranjero no me dejaron disfrutar de su trato sino de tarde en tarde, pero en cada una de las ocasiones de que guardo memoria, lo primero que apunta es su sonrisa. Y esto desde aquella primera vez que subió a verme en el torreón de "El Mercurio", de Valparaíso, para darme las gracias por un elogio que yo hiciera de sus primeros poemas".

Más tarde, cuando ya el escritor había desaparecido, en una conferencia sobre su vida y su obra, precisamente en Valparaíso, el orador de ese momento aludió al encuentro que en la calle Prat había tenido con Pedro Prado. A pesar de su delicado estado de salud, según su relato, mantenía intacta su triunfal y plácida sonrisa.

Es que era su sello que avertajaba las desdichas pasajeras. Expresión, sin duda, de su alma cálida y bondadosa, que sigue su vuelo sereno e invencible.



el Mercurio, Valparaíso, 16-III, 1998 p. 44

Hugo Rolando Cortés

La sonrisa de Pedro Prado [artículo] Hugo Rolando Cortés.

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1998

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

La sonrisa de Pedro Prado [artículo] Hugo Rolando Cortés.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile